

# Groenlandia cruje

ANDER IZAGIRRE

Algunos borrachos desaparecen en invierno. Una tormenta los sorprende mientras deambulan por el pueblo dando tumbos, y cuando cesa el temporal, varios días después, nadie es capaz de encontrar sus cuerpos bajo la nieve compacta. Hay que esperar hasta el deshielo de la primavera.

En el embarcadero de Kulusuk, cuatro inuit -tres hombres y una mujer- fuman y beben cerveza sentados sobre cartones. No hablan. Delante de ellos han apilado una docena de latas vacías. Las latas cuestan dos euros en el único supermercado del pueblo; los paquetes de tabaco, diez. Aquí todo es muy caro, porque todo llega desde muy lejos y sólo una vez al año: en julio, cuando el mar se descongela lo suficiente para que se cuele entre los témpanos un buque danés cargado de mercancías. Pero el Gobierno de Copenhague paga subsidios a los parados, de manera que a los alcohólicos no suele faltarles dinero. Y les sobra tiempo.

A media mañana el hielo empieza a gotear. Se forman charcos, regueros, pequeños arroyos que fluyen ladera abajo hasta el puerto, saltan por el embarcadero y chocan con el océano, con esa inmensa lápida de hielo que, sin embargo, ya empieza a sudar.

Es mayo.

La luz del sol permanece veinte horas. Las temperaturas superan los cero grados durante casi todo el día, de modo que el mar comienza a crujiar, agrietarse y descongelarse. No hay barcos en el puerto. A finales del verano pasado los subieron tierra adentro para que la expansión del hielo oceánico no los cascara como a nueces. Dentro de un mes podrán echarlos de nuevo al agua para su corta temporada de pesca. Y las casas del pueblo, levantadas sobre plataformas de dos o tres metros de altura, asoman por fin entre la nieve

como dados de colores. Son cubos prefabricados de madera y fibra de vidrio, con tejado a dos aguas, pintados de azul, rojo y amarillo.

El pasado invierno fue especialmente duro en la costa este de Groenlandia, nevó más de lo habitual y las cincuenta casas de Kulusuk quedaron sepultadas bajo una capa de cuatro metros. Al fundirse el hielo empieza a resucitar un paisaje que desapareció hace meses: el embarcadero, las sendas de tierra que suben entre las casas, los descampados cenagosos. Al pie de las viviendas brotan trineos, bicicletas y camioncitos de plástico abandonados por los niños; montañas de cajas, bidones y bolsas; pedazos de focas descuartizadas con las que los cazadores alimentan a sus perros. Quedan a la vista grandes tiras de grasa, restos de sangre seca, manchas de gasoil y cientos de colillas. Junto al camino asoman los tablones descuajeringados de un ataúd a medio terminar.

Este año no echan en falta a nadie.

Además de los líquenes y las hierbas pajizas, que no hacían la fotosíntesis desde septiembre, en mayo también aflora una especie que ha colonizado rápida, minuciosa y exitosamente el ecosistema ártico: la lata de aluminio. Kulusuk aparece sembrado de miles de latas verdes y brillantes de las cervezas danesas Tuborg y Carlsberg. Es tiempo de cosecha en los campos de aluminio: varios jóvenes inuit pasan la mañana agachándose aquí y allá para recoger latas en las grandes bolsas de plástico y los trineos de madera con los que recorren el pueblo. El municipio les paga cinco coronas danesas por kilo (sesenta céntimos de euro). Cuando se les pregunta qué quieren hacer de mayores, algunos responden: ser millonarios y marcharnos a Dinamarca.

Un hombre baja tambaleándose hacia el puerto. Está a punto de caer varias veces, se sale del camino de tierra y evita el trompazo apoyándose con las manos en la ladera helada. Consigue girar sobre sí mismo y sentarse. Pero no puede mantenerse sentado y se recuesta sobre el hielo.

Los cuatro bebedores del puerto contemplan la escena en silencio. Luego unos miran a la pared de enfrente y otros miran al mar helado.

#### SOLOS EN EL MUNDO

La costa este de Groenlandia permanece congelada casi todo el año. Una corriente polar fluye hacia el sur arrastrando enormes masas de hielo y así cuaja una banquisa que se extiende hasta cien kilómetros mar adentro. Atrapada entre dos hielos, el del interior de la isla y el del océano, la exigua franja rocosa del litoral queda aislada del mundo.

Los daneses establecieron colonias en la costa oeste de Groenlandia, la más próxima al continente americano, a partir de 1721. Allí conocieron a los inuit, comerciaron con ellos, los evangelizaron y los gobernaron. Pero no tenían ni idea de lo que guardaba la costa este, esa región remota a la que los inuit del oeste llamaban Tunu, “la parte trasera”.

En 1884, la Expedición del Bote de las Mujeres dobló el cabo Farewell, en el extremo sur de la isla y empezó a remontar la vertiente oriental. Se trataba de un grupo bien curioso: el oficial danés Gustav Holm, explorador del litoral groenlandés, descubridor de ruinas vikingas, investigador concienzudo de la cultura inuit, navegaba a bordo de un *umiak*, la tradicional embarcación de cuero en la que sólo viajan mujeres. Además de las remeras nativas, le acompañaban cinco daneses -meteorólogos, botánicos, geólogos, intérpretes- y una flota de 31 hombres inuit en sus kayak, con la misión de capturar peces y focas para aprovisionar al grupo. Tras varias semanas de navegación entre hielos, el 1 de septiembre de 1884 penetraron en una bahía, en los fiordos cercanos a la actual Kulusuk, y descubrieron una minúscula tribu de cazadores y pescadores árticos: los *ivi*, los inuit del este.

Llevaban quinientos años aislados.

Creían que estaban solos en el mundo, aunque hablaban de otros pueblos del oeste, porque algún valiente de la tribu había viajado al otro lado de la isla alguna vez y quedaba el relato medio legendario de aquel contacto.

Eran los supervivientes de la última oleada colonizadora inuit, que se había extendido por la costa oriental durante los siglos XIV y XV, procedente del noroeste de la isla. En los milenios anteriores, otros grupos habían ocupado de manera intermitente algunos puntos de esta costa inhóspita: llegaban en épocas de clima suave, siguiendo a las ballenas y focas que cazaban, fundaban unos asentamientos exiguos, y cuando empeoraban las condiciones, emigraban o se extinguían.

Los daneses descubrieron que los nativos estaban malnutridos, enfermos, en trance de desaparición. Holm y sus hombres contaron 413 inuit en diversos asentamientos, construyeron una casa de turba y piedras para pasar el invierno con ellos y les hablaron del Gobierno del hombre blanco, que pronto instalaría un puesto en la zona para ayudarles a combatir las hambrunas y traerles la verdadera fe. Sin embargo, las autoridades de Copenhague no se preocuparon demasiado por aquel puñado de súbditos prehistóricos recién descubiertos entre los hielos y no enviaron una expedición colonizadora hasta 1894, cuando los nativos ya eran menos de trescientos. Los daneses escogieron un puerto natural junto a un arroyo salmonero y allí fundaron la Estación Misionera y Comercial de Angmagssalik, una colonia que tenía más palabras en el nombre que colonos en el puesto. Sólo había cinco: el administrador Johan Petersen, el reverendo Rüttel y su esposa, un carpintero y un marino. Levantaron una casa, que aún hoy se mantiene en pie, descargaron las provisiones y soportaron el invierno lo mejor que pudieron. Un año más tarde, en el otoño de 1895, convencieron al chamán Mitsivarnianga para que se instalara con su familia junto a la casa. Le enseñaron a rezar el Padre Nuestro y a pedir “la foca nuestra de cada día”, ya que ignoraba qué era el pan. Tras él llegaron poco a poco otros nativos.

La primera tarea de los colonos siempre consiste en renombrar. El chamán aceptó la fe cristiana y lo bautizaron como Andreas. Para el emplazamiento del poblado, los daneses escogieron un término local: Angmagssalik (el nombre inuit de los capelines, los pequeños parientes de los salmones que abundan en aquellos fiordos). Luego, cuando murió un anciano también llamado Angmagssalik y los vecinos se negaron a pronunciar de nuevo ese nombre, los daneses rebautizaron el lugar como Tasíilaq (“zona parecida un lago”). Así nació Tasíilaq-Angmagssalik, la capital de Groenlandia del este.

La colonia prosperó. Los ivi se fueron instalando en los alrededores, atraídos por el nuevo núcleo de supervivencia, que les garantizaba unos servicios médicos básicos y algo de comida si la caza escaseaba. Unos años más tarde, en 1909, los daneses organizaron una pequeña expedición con varias familias nativas hasta una isla cercana para fundar un nuevo asentamiento. Tomaron en cuenta el intenso color negro de las rocas del lugar y lo llamaron Kulusuk: “Pecho del arao aliblanco”.

#### DE LA EDAD DE PIEDRA A LOS SATÉLITES

Cien años más tarde, nuestro pequeño avión islandés se aproxima a Kulusuk. Desde el aire, la costa de Groenlandia parece un vidrio desmenuzado a martillazos: la banquisa que empieza a fragmentarse en placas del tamaño de ciudades, archipiélagos rocosos, penínsulas abruptas, montañas sepultadas por la nieve, canales helados, un relieve triturado por milenios de erosión glacial.

Kulusuk es una de esas esquirlas atrapadas en el hielo oceánico ocho meses al año, una isla de granito que alcanza los nueve kilómetros en su punto más ancho y siete en el más largo. Al acercarnos a ese coágulo de rocas oscuras, distinguimos desde la ventanilla un puñado de casas de colores en la orilla del mar helado, el destello metálico de unas pocas cruces en el cementerio y enseguida una gran cicatriz rectilínea de aspecto ceniciento: la pista de tierra del aeropuerto. Tocamos suelo, las ruedas despiden chorros de gravilla

y traqueteamos por el firme crujiente, entre paredones de nieve de cuatro metros de altura.

-Bienvenidos al aeropuerto internacional de Kulusuk -dice el piloto.

La pista, apenas un tajo de kilómetro y medio en el hielo, la abrieron los militares estadounidenses en 1958, cuando instalaron en la isla una estación de radares y una gran base militar. Temían un ataque soviético por el Ártico y construyeron un rosario de bases desde Groenlandia hasta Alaska. Muy cerca de Kulusuk, un poblado inuit que entonces tendría unos doscientos habitantes, se instalaron dos mil soldados. Durante un paseo por el interior montañoso de la isla descubrimos unas gigantescas y herrumbrosas costillas, mandíbulas y tibias, asomando entre el hielo como un cementerio de dinosaurios metálicos medio desenterrados: son los restos de las máquinas, las tuberías y los cobertizos del Ejército estadounidense, los hitos inquietantes que la civilización tecnológica empezaba a clavar en Groenlandia.

En la región también abundan otras ruinas: muros de piedra combados por el peso de las nieves o ya derruidos. Son las viejas casas de invierno de los cazadores nómadas, que debieron abandonarlas hace treinta años para instalarse en las casas prefabricadas de los asentamientos coloniales. La orden la dio el Gobierno danés, para agrupar a los inuit que pululaban por los fiordos remotos y organizar una sociedad un poco más controlable.

El explorador Holm describió con asombro el modo en que las familias errantes se hacinaban en esas cabañas para soportar los meses invernales. Empleaban rocas y turba para levantar paredes muy gruesas, las cubrían con cuero, y las primeras nieves compactaban la construcción. Para sostener el techo, en el interior hincaban varios troncos de acarreo (la única madera disponible en Groenlandia, país sin árboles, son los troncos acarreados por las corrientes árticas y varados en las orillas). A la cabaña se entraba a cuatro patas, reptando por un túnel semiexcavado en la tierra, y se accedía a una

estancia única, de suelo nivelado con rocas planas y alfombrado con pieles. En cada lado de la casa se abría una ventana: un diminuto hueco forrado con intestinos de foca, que no permitía ver nada pero dejaba entrar algo de luz.

Holm descubrió que en uno de estos chabisques de cincuenta o sesenta metros cuadrados vivían 38 personas pertenecientes a ocho familias, en espacios separados por pieles de focas que colgaban del techo a modo de mamparas. Una familia compuesta por un marido, dos esposas y seis niños era capaz de dormir sobre una plataforma de metro y medio de ancho y un par de metros de largo. Cada familia tenía su lámpara, alimentada con grasa, que servía para alumbrar, cocinar y calentarse, su cubo de agua, su orinal, sus tiras de carne seca. Durante las tempestades invernales, que podían prolongarse días, se dedicaban a reparar o construir los útiles de caza -arpones, lanzas, cuchillos-, a coser pieles y a cantar con el acompañamiento del tambor las leyendas de los espíritus, los episodios de los cazadores legendarios o los recuerdos de las familias.

Además de las ruinas, quedan los relatos de aquella vida nómada casi extinta. Y quedan, todavía, algunos de sus protagonistas: por ejemplo, Torluk, el gran cazador del fiordo de Sermiligaaq, fuerte y astuto como un oso polar, de quien los viejos ivi hablan con admiración. La caza era su ceremonia más íntima. Por eso le gustaba salir solo, enfrentarse cara a cara con las fuerzas invisibles de los hielos, sin más ayuda que los amuletos y las largas conversaciones, quizá rezos, que dirigía a los espíritus de los animales, a la madre mar, al hombre luna, mientras corría con el trineo. Cumplía a rajatabla las leyes dictadas por los chamanes: los hombres no deben dedicarse más que a una sola cosa. Un gran cazador no puede ser a la vez un gran amante, un gran constructor o un gran artista. Torluk volaba por la banquisa con el trineo, los perros y un arpón. Dicen que se ocultaba entre los hielos y permanecía quieto durante horas, sin mover un músculo, al acecho de las focas, con el brazo dispuesto para lanzar el arpón a una velocidad fulminante.

Hace ya muchos años que Torluk abandonó la chabola de piedra para instalarse en una casita prefabricada del asentamiento de Sermiligaaq, obligado por el Gobierno danés. La vista se le fue nublando, perdió la fuerza de los brazos y se le oxidaron los reflejos. Tiene más de setenta años y ya no sale a cazar. Cobra un subsidio. Mira por la ventana de su casa, con los ojos achinados, a los icebergs que flotan en el fiordo.

Ahora, cuando cazan una foca, los jóvenes de Kulusuk marcan la longitud y la latitud de la captura en sus GPS para regresar al mismo punto la próxima vez. Porque las focas, ignorantes de los satélites que las vigilan, mantienen sus costumbres. Los cazadores ya no.

#### LA CAZA (DEL TURISTA)

El orondo Georg Utuaq pertenece a una generación de groenlandeses que nacieron hace cincuenta años en chabolas de turba -en algunos casos, su madre se recostó en una roca plana y soleada para parirlos durante alguna migración-, groenlandeses que pasaron la juventud cazando entre los hielos, deslizándose en trineo, navegando en kayaks de cuero, refugiándose en tiendas de piel. A los veinte años se trasladaron con sus familias a los asentamientos regidos por los daneses y conocieron las casas prefabricadas, la calefacción de gasóleo, los muebles suecos, las motos de nieve, los subsidios, los supermercados, los relojes, la televisión por satélite, internet y el turismo.

Georg da una razón principal para que nos alojemos en su casa:

-En mi familia no bebemos.

Insiste: no veremos borracheras ni palizas, una ventaja competitiva nada desdeñable en Kulusuk.

Vive en una casa de madera, enclavada en unas rocas de granito que le sirven como plataforma para elevarse tres metros sobre la nieve. A la escalera de entrada se llega por un sendero excava-

do en el hielo, custodiado por una decena de perros que dormitan atados a sus cadenas y perfumado por los efluvios ácidos de sus excrementos. También manchan el hielo varios regueros de sangre coagulada, masas de grasa esponjosas y amarillas, y aletas descuartizadas de foca. Hielo, mierda, sangre y grasa. Es, desde luego, la casa de un cazador.

Georg nos cobra 27 euros por cabeza y día a cambio de dormir los tres visitantes en el pequeño dormitorio que su hija adolescente ya está despejando. El precio incluye desayuno y toda la televisión danesa que seamos capaces de tragar. Mientras la chica libra el cuarto, Georg nos lleva al salón, se tumba en el sofá de polipiel de Ikea, estira el brazo hasta la mesa baja de metacrilato también de Ikea, toma el mando y empieza a pasar los canales de su televisor Samsung.

En la pared cuelgan un par de fotografías de color sepia, tomadas por los antropólogos de comienzos del siglo XX, en las que se ven a cazadores de mirada feroz, con el pelo cortado a tazón y ristras de amuletos colgados en el cuello, sobre el pecho desnudo, y a mujeres de grandes caras ovaladas, como lunas de bronce, con el pelo atado en moños prominentes, posando medio desnudas en la entrada de una tienda de cuero. Podrían ser los bisabuelos de Georg. También cuelgan tres máscaras de madera, con colmillos de hueso retorcidos y muecas horripilantes, que representan a los espíritus protectores del hogar. A su lado, un póster de un San José rubio y de ojos azules, y otro de Jesucristo, el Buen Pastor, cargando una oveja, animal del que no se tiene noticia en esta latitud.

Al día siguiente nos despiertan los dos nietos de Georg, de apenas un par de años, que corretean por la casa reclamando el desayuno. En la cocina, la abuela coloca sobre una tabla algo que parece un cuarto de sandía: tiene una corteza oscura y un núcleo rojizo y pulposo. Lo corta en tacos y los va pasando a los niños, que se los zampan, se relamen y piden más. Cuando nos ve curiosos, la abuela coloca varios tacos sobre unas tostaditas de pan y nos los ofrece. Huelen a océano reconcentrado, como si fueran pastillas de *starlux*

ártico, saladas y muy fuertes. Los mordemos. Tratamos de mantener una sonrisa de cortesía, pero la experiencia equivale a masticar tacos de caucho frotados con tripas de pez.

-Narval –dice la abuela.

Carne cruda de narval, el cetáceo que parece una mezcla de ballena y unicornio, que hiende los hielos con su colmillo de hasta tres metros, revirado como un sacacorchos, y que al parecer se defiende de los depredadores mediante su horrible sabor. El truco no le sirve con los groenlandeses. Al parecer, a los inuit no les hace gracia que les llamen esquimales, un término despectivo que significa “comedores de carne cruda”, pero ese hábito los dota de una indudable superioridad sobre otros pueblos. Yo al menos, mientras trago los tacos de narval intentando no morderlos para evitar que suelten sus jugos de amoniaco, me siento bastante ridículo al lado de los dos pequeñajos que los mastican con fruición, como si fueran golosinas.

Durante el desayuno, Georg augura un buen año de caza. El invierno ha sido muy frío. Y cuanto más frío, mejor. El problema son los años cálidos, que últimamente abundan, porque entonces el mar apenas se congela y los inuit no pueden salir con los trineos a buscar focas.

-El hielo es nuestro camino al supermercado.

La pieza más codiciada por los cazadores árticos es el *nanuk*. El oso polar. Dice Lars Peter Sterling, el director danés de la escuela de Kulusuk, que cuando alguien grita ¡*nanuk!* el pueblo se vacía en cinco minutos. Las leyendas cuentan que un cirujano de Nuuk, la capital groenlandesa, oyó el grito de alerta y dejó a un paciente con las tripas abiertas para salir corriendo a cazar el oso. Otra versión dice que fue el propio paciente quien al oír el grito despertó de la anestesia y salió corriendo con las tripas abiertas.

Hoy no esperamos osos pero Georg promete focas. En realidad, él ya ha cobrado la gran pieza del día: el turista, que paga 120 euros por la excursión de jornada completa. Georg llama a otros dos colegas, que traen al puerto sus trineos y sus tiros de perros, y nos co-

locan a cada turista sentado en un trineo, como un bulto más entre cuerdas, látigos, arpones y rifles. Los cazadores dan voces, azuzan a los perros, el trineo pega un tirón brusco y salimos volando del embarcadero de Kulusuk.

Avanzamos sobre el mar congelado. Los guías dirigen a los perros con toques suaves de látigo y con gritos: *yiiu-yiiu-yiiu*, y los perros corren hacia la derecha, *ili-ili-ili*, y los perros corren hacia la izquierda. Así componen una danza hipnótica: 36 patas acompasadas que galopan y galopan y galopan, y el trineo silba, fluye, se desliza rozando la planicie de mármol.

Cuando alcanzamos la orilla al otro lado del fiordo, los perros se encuentran con los bloques de hielo costero que se agrietan y se alzan por efecto de las mareas. Los perros intentan abrirse paso como pueden, uno por una rendija, otro por otra, el de aquí escala un promontorio y el de allá baja a una hondonada, y se monta un embrollo de patas, cuerdas, ladridos y gritos del guía, el trineo traquetea, se clava contra escalones, pega panzadas. A base de chillidos y latigazos, el guía recompone el tiro y lo dirige entre los hielos hasta alcanzar la bendita tierra firme. Volvemos a deslizarnos con fluidez, ascendiendo por un valle de nieve compacta, y alcanzamos un collado. En este balcón, apenas un hueco entre montañas graníticas, se abre un panorama escalofriante: la lengua de un glaciar baja hacia el océano sólido y se interrumpe en un escalón de cuarenta metros por el que se precipitan témpanos desmigados. En la banquisa emergen islotes rocosos. Y más allá, sobre la línea lejana del agua líquida, flotan los icebergs. Parecen catedrales bombardeadas y puestas a la deriva, con sus rosetones de luz ártica y sus pináculos de hielo azul a punto de derruirse.

Georg rastrea el paisaje con los prismáticos y da una voz: ¡foca! Nos invita a mirar y vemos a lo lejos un cuerpo viscoso y oscuro, una especie de gran limaco que ha salido del respiradero y se contonea sobre el hielo, perezoso. El cazador se embute en un buzo blanco de camuflaje, coge el rifle al hombro y echa a andar. Camina mucho rato. Su silueta va menguando en el inmenso océano helado hasta casi diluirse. Todos callamos.

Aguardamos el estampido del rifle.

Pili, el guía de mi trineo, mira con sus prismáticos y suelta un taco. Nos hace un gesto con la mano, como si la zambullera: la foca ha huido por el respiradero.

La silueta de Georg vuelve a crecer en el lejano hielo, poco a poco, hacia nosotros. Cuando llega, con el tamaño humano recuperado y el rifle sin disparar, nos ofrece una pequeña exhibición: se tumba y desliza la tripa por el hielo mientras apunta con el arma a una foca hipotética. Luego se pone en pie y alza los hombros para pedirnos disculpas.

No nos atrevemos a decirlo pero la huida de la foca nos ha aliviado. A la espera del tiro, sentíamos una congoja que en cierta manera es un lujo: no dependemos de la carne de foca para subsistir. Georg y sus amigos, relajados y sonrientes, parece que ya tampoco.

Nos basta y nos sobra con el simulacro. Y con las siete horas de trineo por la soledad estremecedora de los fiordos, los islotes, las bahías y los glaciares de Groenlandia, por este paisaje primordial de piedra y hielo, la versión ártica de los primeros versículos del Génesis. Nos basta con las dos paradas para tomar té y galletas (nosotros) y lametones de nieve derretida (los perros). Incluso nos basta con el susto cuando las placas de hielo se parten debajo de nosotros y el trineo empieza a hundirse en una especie de bañera gélida. No pasa nada: sólo son cortezas superficiales de agua fundida y vuelta a congelar; debajo, asegura Georg, hay medio metro de hielo.

Cuando regresamos a casa, un chaval de 14 o 15 años encadena los perros de Georg junto al pasillo de hielo, se marcha un momento y regresa empujando un pequeño trineo cargado con un cubo. Los perros pasan todo el año a la intemperie, incluso con temperaturas de 40 bajo cero, y durante las peores tormentas permanecen enroscados bajo la protectora capa de nieve que se va acumulando sobre ellos. Hay que ser un bicho duro para abrigarse con nieve. Y para comer una vez al día en invierno y sólo dos o tres veces por semana en verano (más los días en los que toca tirar del trineo). El chaval

mete la mano en el cubo y saca pedazos de foca sanguinolentos que va arrojando casi sin mirar. Los perros se vuelven locos de ansiedad, saltan, tensan las cadenas casi hasta estrangularse, gruñen, ladran, excitan a los perros de todo el pueblo, que rompen a aullar en un coro de tristeza infernal.

Por la noche, el cazador y los turistas cenamos lomos de cerdo.

#### ENTRE EL SUICIDIO Y LA EUFORIA

-Mucha gente de Kulusuk vive todavía de la caza y la pesca, pero cada vez lo hacemos más para que lo veáis los turistas -dice Frederik, profesor groenlandés de la escuela local. Para sus alumnos, chavales nacidos en la bisagra de los siglos XX y XXI, la caza y la pesca son juegos divertidos, casi ninguno se los plantea como una profesión. ¿Qué quieren ser de mayores? Una encuesta rápida entre los alumnos ofrece estas respuestas: pilotos de helicóptero, enfermeras, profesoras, policías.

-Son los oficios que ven aquí -explica Frederik-. Nadie dice médico, ingeniero o periodista, porque no tenemos de eso en Kulusuk. Cuando terminan en esta escuela, a los 16 años, deben marcharse a Dinamarca si quieren seguir estudiando. Sólo lo hacen cuatro o cinco: un par van a la universidad y otro par a algún centro de formación profesional. Y una vez que se acostumbran a la vida europea no quieren volver a Groenlandia. Los demás chavales se quedan en Kulusuk, buscando algún empleo en el aeropuerto, en el hotel, en alguna obra pública. Tienen muy pocas opciones. Y lo pasan bastante mal.

Si eres un cazador, hábil con el arpón y el fusil, si te has deslizado con el trineo entre los hielos desde que tienes consciencia, si todos los inviernos de tu vida los has pasado tranquilamente recluido en una cabaña con varias familias, reparando herramientas y contando cuentos, Groenlandia puede ser un país fantástico. Si eres un joven que navega por internet y ve televisiones internacionales, si de chaval te han llevado a veranear a Islandia y luego estudiaste en Copen-

hague, si conociste las galerías comerciales, el estadio, los conciertos y las cafeterías, si te apasionan Leo Messi o el rap, si quieres estudiar o montar tu propio negocio, Groenlandia puede ser una cárcel.

Lars Peter Sterling, director de la escuela, es un danés enamorado de Groenlandia, adicto a la caza y la pesca, que además se ha montado en casa un estudio donde pasa el tiempo trabajando con cinco cámaras de fotos, dos de vídeo, reproductores de vhs, dvd y super-8 y un ordenador en el que edita sus trabajos. Además, cuenta con una extensa colección de discos y unos amplificadores en los que atruena un concierto de órgano grabado en la catedral de Reikiavik. "Si quieres vivir en Kulusuk, debes tener alguna buena afición en casa", dice. ¿Y qué aficiones tiene la gente del pueblo? "En verano, juegan a cartas y beben. En invierno no juegan a cartas".

La realidad está muy cerca de ese chiste negro: los jóvenes sólo cuentan con una casona comunitaria, cuya sala con estufas sirve tanto para los bailes del fin de semana como para los entrenamientos del TM-62, el equipo local de fútbol, orgullo de Kulusuk desde que en 2007 se clasificó para la última fase de la Copa groenlandesa y viajó a Nuuk, la capital, donde fue eliminado en semifinales por un penalti injusto.

Los bailes y el fútbol no bastan para aliviar una vida sin horizontes. Según un estudio de 2008, el 25% de las chicas y el 17% de los chicos groenlandeses de 15 a 19 años habían intentado suicidarse alguna vez. Dieron estas razones: no veían ningún futuro, sus padres estaban desempleados y eran alcohólicos, en casa padecían mucha violencia, habían sufrido abusos sexuales. Las estadísticas reflejan una sociedad desarraigada, violenta, desesperada: los groenlandeses se suicidan tres veces más que en los países más suicidas del mundo, consumen el mismo alcohol que los países más bebedores (todo un éxito: hace sólo veinte años bebían el doble), cometen 19 veces más delitos sexuales que los daneses y nueve veces más homicidios.

Los inuit saltaron de la prehistoria al mundo globalizado en tres generaciones y, según el investigador Jack Hicks, esa modernización fulminante tuvo una relación directa con el auge de los problemas sociales y especialmente con los suicidios, que en la cultura tradicional constituían un fenómeno muy poco frecuente. Los primeros estudios groenlandeses de la década de 1930 dan una tasa muy baja de 3 suicidios cada 100.000 habitantes (hoy en día, España registra 8; Dinamarca, 13; Bielorrusia, el país más suicida, 35; y Groenlandia ronda los 100). De repente, en la segunda mitad del siglo XX, se multiplicaron los ahorcamientos entre los jóvenes de la primera generación sedentaria: eran los hijos de los inuit obligados a radicarse en los asentamientos.

A partir de los años 50 y 60, el Gobierno danés impulsó una campaña para convertir Groenlandia en una moderna sociedad del bienestar, con servicios centralizados, y así logró reducir algunas enfermedades extendidas como la tuberculosis o paliar las hambrunas episódicas. Pero el precio de la sedentarización obligatoria fue muy alto: muchos cazadores quedaron desocupados, con la vida trunca, sostenidos por subsidios que gastaban en alcohol y drogas, y sus hogares se convirtieron en infiernos de palizas y abusos sexuales. En los años 70, cuando los nacidos en esas familias llegaron a la adolescencia, entre ellos se registró una inconcebible tasa de 1.500 suicidios por 100.000. Fenómenos similares ocurrieron en Alaska en los años 60 y en el Ártico canadiense en los 80, coincidiendo con el orden en que los Gobiernos de esos territorios obligaron a los inuit a agruparse en asentamientos. Más tarde, cuando esas poblaciones se fueron desarrollando y mejoraron los servicios de salud, la educación o el empleo, las cifras bajaron notablemente. Y a principios del siglo XXI el sistema de salud groenlandés estableció como prioridad la lucha contra el suicidio. A pesar de los esfuerzos, la tasa actual de Groenlandia sigue triplicando las cifras de los países más suicidas.

“La mayoría de las familias viven sanas y felices”, aclara Hicks, “pero la modernización ha cambiado de arriba abajo el modo de vida y algunos adultos no encuentran ningún papel en la nueva so-

ciudad, no pueden ofrecer ningún modelo válido a sus hijos". Las virtudes tradicionales no pintan casi nada en la Groenlandia actual: un buen cazador alimentaba a su familia y se ganaba el respeto de los demás, pero hoy en día la caza está restringida (por las prohibiciones internacionales, que meten en el mismo saco las matanzas industriales de crías de focas para la peletería y la exigua caza de subsistencia de los inuit, que no supone ningún peligro para las abundantes poblaciones de focas). Y además los alimentos no se obtienen ahora en la banquisa sino en el supermercado. Por tanto, la habilidad con el arpón ya no vale nada, es más útil hablar inglés con los turistas o hacer un curso de secretariado. Este cambio deja fuera de juego a muchos adultos y desemboca en infiernos familiares. La modernización ha destruido la sociedad tradicional sin dar tiempo a construir una nueva.

-Los jóvenes groenlandeses tienen pocas salidas en su tierra. Los puestos importantes, los oficios más cualificados y mejor pagados, están en manos de daneses: médicos, directores de escuelas, pilotos... -dice Frederik-. Es lógico, porque muy pocos groenlandeses han tenido formación. Los de mi edad podíamos estudiar Magisterio, Enfermería y poco más en Nuuk, para cualquier otra cosa había que emigrar a Europa o Norteamérica, y casi nadie lo hacía. Por eso, el mayor reto de Groenlandia es la educación: tenemos que ofrecer vías para que los jóvenes se formen, se construyan un futuro, para que sean creativos y se impliquen en el desarrollo de su país. Pero debemos establecer nuestros criterios, nuestras prioridades, no las de Dinamarca. Es decir, necesitamos la independencia. Ya estamos conectados a la globalización, recibimos turistas, desarrollamos negocios, firmamos tratados con otros países. Para hacerlo bien, debemos gobernarnos nosotros mismos y no el parlamento de Copenhague, que está a cuatro mil kilómetros de aquí.

Las ansias de independencia están muy extendidas en Groenlandia. El 75% de los votantes apoyó un nuevo estatuto, en vigor desde junio de 2009, que amplía aún más las competencias de la isla (los daneses ya sólo se ocupan de la defensa y la política exterior) y que

le reconoce el derecho de constituirse en estado independiente si se aprueba en un referéndum. Los lazos legales son muy débiles pero Groenlandia sigue atada a su metrópoli por una fuerte dependencia económica: los 430 millones de euros anuales que Dinamarca destina a Groenlandia, que sostienen casi la mitad de su presupuesto y que suponen una inversión de 7.500 euros por cada habitante. Sin el abundante dinero danés, sería imposible mantener los servicios básicos en el territorio más hostil del planeta: los 57.000 groenlandeses cabrían en medio Camp Nou pero viven desparramados en una isla de 2,1 millones de kilómetros cuadrados (cuatro veces la Península Ibérica), desperdigados en pequeños asentamientos, distanciados cientos de kilómetros unos de otros, aprisionados entre los hielos. Si un paciente debe viajar en helicóptero para ir a sacarse una muela o hacerse una radiografía; si los muebles, la ropa y el pan llegan en barco desde otro continente; si hay que traducir o crear libros de texto y destinar profesores para pequeños y remotos grupos de alumnos, hacen falta muchos millones de euros para mantener el país en marcha. Por eso, hasta los independentistas más fervientes admiten que no podrán cortar amarras con Dinamarca hasta que sus ingresos propios se multipliquen dentro de diez o quince años. Quizá en el 2021, cuando se cumplan tres siglos de colonización.

La independencia del país blanco la traerá el oro negro: ocho grandes multinacionales del petróleo ya están haciendo prospecciones en la isla, porque bajo el hielo groenlandés se esconden yacimientos fabulosos, aún difíciles de precisar pero que según los expertos constituyen la segunda mayor reserva del mundo, sólo detrás de Arabia Saudí. El reparto de esa futura riqueza constituyó el principal obstáculo en las negociaciones de la nueva autonomía, hasta que se llegó a un acuerdo: Groenlandia se quedará todos los años con los primeros diez millones de euros que se obtengan del petróleo; de esa cifra para arriba, los beneficios se repartirán entre Groenlandia y Dinamarca, y se deducirán de la cuota anual que destina Copenhague. “Cuando el petróleo nos dé mil millones de euros anuales, podremos pagarnos la independencia”, declaró Mininn-guaq Kleist, representante del Gobierno groenlandés.

Pero ¿cuándo brotará el gran chorro negro? Por ahora, la gruesa capa de hielo y las horribles condiciones climáticas encarecen muchísimo las extracciones; sin embargo, el calentamiento global está fundiendo el océano Ártico con una rapidez insólita y dentro de pocos años facilitará las actividades petrolíferas. Los groenlandeses asisten, pues, a una paradoja: el deshielo extinguirá su vida tradicional y a la vez les traerá enormes riquezas económicas. Se les plantea un enorme reto: en este mundo de hielo, que en apariencia sólo es apto para pequeñas tribus de cazadores prehistóricos, deben fundar una sociedad moderna.

-La independencia resultará difícil –dice Frederik- pero la dependencia de los subsidios exteriores también es peligrosa. Los groenlandeses nos hemos acomodado, nos sentamos a esperar esas rentas, y así nos vamos apagando. Necesitamos pelear por nuestro sitio en el mundo.

ANDER IZAGIRRE [DONOSTIA, 1976] ES PERIODISTA Y ESCRITOR. HA PUBLICADO REPORTAJES Y CRÓNICAS, ESPECIALMENTE DE VIAJES, EN MEDIOS COMO NATIONAL GEOGRAPHIC, ALTAÏR, LONELY PLANET MAGAZINE, BARRABÉS, NUESTRO TIEMPO, EL DIARIO VASCO, EL CORREO, LA VOZ DE GALICIA, BERRIA, EUSKAL HERRIA, NORA, CONOCER NAVARRA, DATO ECONÓMICO... TAMBIÉN ES AUTOR DE VARIOS LIBROS: *LOS SÓTANOS DEL MUNDO* (VIAJE POR LAS DEPRESIONES MÁS PROFUNDAS DE CADA CONTINENTE, POR CUYAS CRÓNICAS RECIBIÓ EL PREMIO RIKARDO ARREGI AL MEJOR TRABAJO PERIODÍSTICO DEL 2001 EN EUSKERA, CATEGORÍA JOVEN), *EL TESTAMENTO DEL CHACAL*, *CUIDADORES DE MUNDOS O PLOMO EN LOS BOLSILLOS* (GANADOR DEL PREMIO MARCA DE LIBRO DEPORTIVO). ESCRIBIÓ EL BLOG VESPAÑA (RELATO DE LA VUELTA A ESPAÑA EN VESPA: [WWW.VESPANA.BLOGSPOT.COM](http://WWW.VESPANA.BLOGSPOT.COM)) Y DESDE HACE TRES AÑOS MANTIENE OTRO LLAMADO A TOPA TOLONDRRO (“VIAJES, ESCAPADAS Y BARZONEOS”: [WWW.GENTEDIGITAL.ES/BLOGS/ANDERIZA](http://WWW.GENTEDIGITAL.ES/BLOGS/ANDERIZA)). SUS ÚLTIMOS TRABAJOS LOS HA DEDICADO A LOS NIÑOS MINEROS DE BOLIVIA Y A LOS REFUGIADOS SAHARAUIS DEL DESIERTO DE ARGELIA.